

tres inmensas islas, tres continentes: el europeo-asiático, que se extiende de occidente á oriente, el africano al sur de Europa semejando á la letra V, con su vértice hácia el sur, y el americano, al otro lado del globo, extendiéndose de norte á sur y ofreciendo aproximadamente el aspecto de dos grandes V, puestas la una sobre la otra de este modo $\begin{matrix} V \\ V \end{matrix}$ Pudiera añadirse al pequeño continente australico, al sud-este del Asia.

En Marte, por el contrario, las tierras ocupan alguna más extensión que las aguas, aunque poca, «y en vez de aparecer como islas surgidas del líquido elemento, los continentes parecen reducir los océanos á simples mares interiores, á verdaderos Mediterráneos. Allí no hay ni Atlántico ni Pacífico, y casi puede darse á pié la vuelta al mundo (a).» Los mares forman variadísimos golfos y brazos que se lanzan á través de las tierras, pudiendo darnos una idea de ese género de distribución de aguas, el mar Báltico con sus golfos, el mar del Norte, la Mancha y los canales ó estrechos que establecen comunicaciones de unos á otros, el Mediterráneo con los mares interiores que forma y sobre todo el golfo Pérsico y el mar Rojo.

Obsérvanse en la superficie de Marte cuatro grandes regiones, que han recibido el nombre de continentes, y se distinguen con las denominaciones que siguen: A, continente Galileo; B, continente Copérnico; C, continente Herschell y D, continente Huygens. Hay dos grandes extensiones de agua que han merecido la calificación de océanos y son: E, océano Kepler, y F, océano Newton. Las principales comarcas y mares de segundo orden, son los siguientes: La tierra de Schroeter al sur del continente Copérnico, la tierra de Secchi al sur del océano Newton; la tierra de Cassini al sud-este del mismo, y la tierra de Laplace al norte del continente Galileo; el mar de Mædler al norte de los continentes Galileo y Copérnico y este de la tierra de Laplace, el mar de Beer al oriente del de Mædler, y el de Faye más al este, extendiéndose hasta las costas occidentales de la tierra de Laplace. Hay algunos estrechos notables, debiendo citarse en primer término la Mancha, entre el océano Kepler y el mar de Mædler, y el de Sablier, llamado también mar, que pone en comunicación el océano Newton con el citado mar de Mædler, mediante un largo canal que se extiende de este á oeste, al norte del continente copernicano. Estos dos grandes brazos dirigidos de sur á norte son muy característicos y establecen comunicación entre los dos océanos de Marte y sus mares del norte. Hay además otros dos estrechos, los de Lassell y

(a) Flammarion.

Lambert al sud-oeste y sud-este respectivamente de la tierra de Schroeter, que hacen comunicar los mismos océanos con el mar glacial que parece cubrir el polo sur. El otro polo está ocupado por una extensa región, desconocida á causa de las nieves que en invierno la cubren por completo.

La existencia de continentes y mares en este planeta, nos manifiesta que ha sido, como el nuestro, teatro de movimientos geológicos interiores, que han dado origen á levantamientos y depresiones del terreno. Es, pues, forzoso pensar que la primitiva corteza sólida ha experimentado, como la nuestra, profundas modificaciones, y la geografía de Marte debe haber ofrecido los mismos fenómenos que la terrestre, con sus terremotos y erupciones, sus aluviones y sedimentos, etc. Por tanto la existencia de montañas y cordilleras, valles, mesetas, arroyos y ríos corriendo por sus cuencas, hasta desembocar en los mares, no puede ponerse en duda, aunque el telescopio no haya podido descubrir tales detalles geográficos: es una consecuencia necesaria de los fenómenos físicos y meteorológicos observados en Marte y de las leyes de la materia que rigen el universo entero.

Bastanos para completar el ligero estudio que hacemos, oclar una rápida ojeada sobre las condiciones biológicas del planeta de la guerra, y decir algunas palabras sobre su habitabilidad. Mucho pudiéramos extendernos en una materia que tan viva curiosidad despierta siempre, de la que tanto se ha hablado y escrito, pero que permanece siempre envuelta en las mismas tinieblas. Fieles á nuestro propósito de atenernos tan solo á los hechos positivos, hayendo de hipótesis aventuradas y de especulaciones que no caben en el terreno de la ciencia, seremos pocos y concisos en este punto.

Que Marte reúna condiciones compatibles con la vida, en las dos formas vegetal y animal que sobre la Tierra ofrece, es innegable. Reúne allí como aquí, y en circunstancias no muy desemejantes, los elementos de la vida, agua, aire, calor, luz, vientos, nubes, llamas, ríos, valles, montañas. Cabe imaginar en este planeta, una fauna y una flora análogas á las nuestras en el fondo, aunque necesariamente distintas en las formas. No somos nosotros seguramente de los que opinan que los fenómenos vitales no pueden manifestarse fuera de los estrechos límites de las condiciones biológicas actuales de nuestro planeta: las magníficas floras y faunas que la geología prueba existieron sobre la Tierra en épocas remotísimas, en que las condiciones físicas y meteorológicas de nuestro globo diferían inmensamente de las actuales, dan el más solemne mentís á los que no conciben la posibilidad de seres vivos diferentes de los que existen en la Tierra. El eminente astrónomo P. Secchi debe padecer una